

tropas en armas para dirigir personalmente la guerra. Ni las inclemencias del cielo escocés, ni los apretados bosques tras los cuales aquellas rebeliones continuas se parapetaban, ni las breñas resguardadoras del odio señorial intimidaron á la jóven soberana, que asistió al combate como pudiese asistir un varon militar, y derramó la sangre de sus vasallos con el mismo elegante descuido con que pudiera derramar el orgiástico vino en sus antiguos festejos. Los nobles católicos fueron vencidos en aquella contienda, y sus familias de aquel suelo extirpadas por la mano de una Reina, que debia ser en lo futuro la mártir primera y principal del Catolicismo.

Bien es verdad que María tomaba en todo los consejos y seguia los acuerdos de su hermano Lord James, á quien elevara tras aquellos conflictos, si no en poder, en riquezas é influjo, al darle con generosidad el condado cuantioso de Murray. Jefe de los protestantes el bastardo, presidia por esta jefatura el partido inglés en Escocia. Y María, deseosa de sentarse alguna vez sobre los dos tronos de Inglaterra y Escocia reunidos bajo sus plantas, acariciaba mucho la idea de ser declarada oficialmente por su prima Isabel heredera única suya, como de su misma sangre, y su mas próxima pariente. En verdad si por Tudor se asentaba en el trono Isabel, Tudor era tambien María. Y si la una se llamaba nieta del séptimo Enrique, tambien la otra lo era, discurriendo la misma sangre por sus régias venas. Muy tentador, en efecto, para jóven princesa de las ambiciones que latieran vehementes en su corazon, tener el honor de unir dos antiguos reinos, á cuya sucesion presentaba indudablemente antiguos y valiosos derechos. Soltera Isabel; repulsiva por su naturaleza propia ó por sus propensiones políticas al matrimonio; sin hijos ni descendencia de ninguna clase; harto absoluta para compartir su autoridad personal con ningun príncipe de la tierra; ni atendia ni desahuciaba las pretensiones de su ambiciosa compañera. Y muy cautelosa y muy pérfida, las enardecia y exacerbaba de continuo, cuando menos propósito guardaba de satisfacerlas. María, en los desasosiegos naturales á su inquieta complexion y en el ardor extremo de sus desapoderadas ambiciones, cándida en el fondo, á pesar de la doblez instintiva con que nacen casi todos los llamados al trono, hijos del disimulo y en el disimulo educados por imposiciones propias de toda verdadera corte; pedia con grandes instancias á la Reina una declaracion favorable,

despues de todo, á la consolidacion de ambos tronos. Murray mismo, á pesar de su mayor prudencia, hostigaba frecuentemente á Isabel para que declarase cosa tan saludable á las dos princesas, quienes, bajo dos solios de dos hermosísimos reinos asentadas, podian regirlos con un espíritu solo, y un solo propósito, para juntarlos luego bajo la misma denominacion y el mismo Estado, aumentando así con la propia personal grandeza, el esplendor y el poder y el nombre de la patria. Isabel escuchaba todas estas cosas, cual escucha un frio matemático las místicas expansiones de un poeta; y requería el cumplimiento de aquella olvidada concordia entre las dos Reinas, conocida con el nombre de Edimburgo, tan odiosa de antiguo al corazon de María, y tan alejada por las circunstancias varias y los varios sucesos de aquel supremo instante. Así, la confianza de María Estuardo en su hermano Murray crecia en robustez á medida que crecian sus ambiciones de llamarse pronto heredera única del trono británico. Pero con estas demandas inoportunas, en realidad alimentaba los celos de Isabel, descubriéndole, sin quererlo, el fondo de sus ambiciones, y engendrando una peligrosa rivalidad. Nada mas curioso que la trágica lucha entre aquellas dos contrarias almas. Isabel y María no hubieran podido jamás encontrarse, á causa tanto de la repulsion de sus respectivas posiciones como de la discordancia de sus respectivos caracteres. La Naturaleza no ha engendrado jamás dos personalidades mas opuestas, como si las hubiera querido destinar desde sus cunas á la personificacion de dos causas enemigas y opuestas. Si no hubieran luchado por razon de sus ambiciones, de sus nacimientos, de su sangre, de su educacion, de sus creencias, de su culto, lucharan por razon de la guerra latente por fuerza en sus dos enemigas naturalezas. Aquellos principios opuestos, que las teogonías orientales deificaban allá en sus templos, habian subido á dos tronos cercanos; y queriéndolo de veras ó sin quererlo, habian personificado nada menos que dos creencias y dos Iglesias en un todo enemigas. De consiguiente la lucha debia sobrevenir entre las dos princesas y la una predominar sobre la otra, en grande y pavorosa tragedia.

Como todos estos combates originados por causas permanentes han de obedecer en su determinacion á una causa ocasional y segunda; el matrimonio indispensable de María Estuardo, viuda y reina jóven, hizo estallar de un

modo manifiesto aquella rivalidad cruel, que concluyó por consumir á una de las dos rivales. ¡Ah! La Estuardo no podía continuar en su estado ni cambiarlo sin graves peligros en uno y otro caso de su reino: que tal suerte se deparan los pueblos ligados á la vida y á la fortuna de una sola personalidad ó de una sola familia. Dada por completo al placer, exigía su vida toda entera que un matrimonio legítimo, fundado en el amor, le granjease la consideración y el respeto de sus vasallos. La corte ardía en fiestas. Las hijas más hermosas del patriciado feudal y los más rendidos caballeros poblábanla de sus gracias y de sus amores. Música, danza, poesía, la circundaban, dándose las manos sobre su frente como las musas del Parnaso antiguo sobre la frente de los poetas clásicos. Nada la embobecía tanto como recitar los mejores versos franceses al son de las arpas y de los clavicordios. En vano la sistemática y perdurable austeridad propia de los calvinistas vejaba esos divertimientos con acres palabras desde las alturas del púlpito; María continuaba persistente, por necesidades imprescindibles de su complexión física y moral, en esos torbellinos continuos. Móvil, riente, placentera, con la sonrisa en los labios que parecían destilar la miel de todas las gracias; provocativa, no solo en sus actitudes un tanto sueltas, sino en sus palabras un tanto temerarias también; exponíase con facilidad en este peligroso comercio á galanterías que rayaban muchas veces en irreverencia y descomedimiento. Un capitán de su propia guardia, incitado por estas provocaciones á impremeditadas libertades, tuvo que huir, por no encontrar en los tribunales de la orgullosa Reina el castigo tremendo y quizá justo á sus brutales atrevimientos con la débil mujer.

La historia de Chastelard parece una imaginada novela. Mozo de pasiones ardientes, su audacia en la guerra iba de inclinaciones amorosas acompañada, como sucede á la continua en el seno de la naturaleza, donde tan cercanos se hallan siempre odio y amor. La sangre de Bayardo, el caballero sin tacha, corría por sus venas; y las inspiraciones del Renacimiento anidaban todas á una en su fantasía. Nadie tan apuesto en el torneo, ni tan sabio en el certámen; como que así esgrimía la espada cual pulsaba la lira, é iba en pos de los empeños del combate como en pos de los empeños del amor. Mozo tan gentil no podía faltar en aquella voluptuosa corte, y al presentarse allí, no

podía menos de obtener grandes triunfos. Su atrevimiento llegó hasta dedicar versos amorosos á la Reina; y la torpe ligereza de la Reina llegó hasta responder con otros á tales versos. Excitado por las conversaciones un tanto libres allí en uso, atrevióse á sentir una pasión profunda, sin hallar cosa ninguna que pudiera disuadirle de su atrevimiento. Lo cierto es que al poco tiempo de hallarse allí, ninguno de los gentiles hombres privaba tanto como Chastelard, ni tenía su privilegio de quedarse á solas con María en apartada secreta intimidad. La Reina le sonreía, le halagaba, entreteníase con olvido completo de su dignidad en provocarle á cánticos amorosos y en sostenerle sin piedad con esperanzas que no podían cumplirse sin desdoro. Una tarde, al pasar junto á él, hizo como que apoyaba en su brazo; y tomando el gentil hombre aquella imprudente familiaridad por ciega confianza, escondióse la noche misma bajo el régio lecho. Al recogerse María Estuardo topó con él y le impuso, por todo castigo, un destierro de la corte. Mas no se desterró. Hizo precisamente, con tenaz empeño, todo lo contrario: siguió de léjos á su amada, consagrándole así los suspiros más tiernos como los versos más ardorosos. Y en la ceguera de su pasión volvió nuevamente á ganar el cuarto de la Reina y á esconderse bajo su cama. María no echó de ver su presencia sino en el momento mismo de acostarse; y herida su dignidad de Reina y su honra de mujer, llamó á gritos socorro, para que prendiesen al importuno y le castigasen por esta imperdonable reincidencia. El conde Murray, primero en acudir á las voces, hubiéralo allí mismo apuñalado sin tardanza, de obedecer los imperiosos mandatos de la ofendida, quien deseaba castigar como crímenes agravios por sus propias ligerezas provocados. No lo mataron allí, en el acto; pero lo condujeron á dura prisión, tratándolo como un verdadero reo de Estado. A los tres días del suceso alzábase un cadalso para castigar un amor. Nieto de Bayardo, murió el cuitado como un cumplido caballero, con la sonrisa en los labios, la serenidad en el continente, la pasión en el pecho, la conformidad en el ánimo, el regocijo en lo interior de su conciencia, recitando versos franceses como si aun estuviera en la corte y entre los placeres, diciendo tan solo, al descubrir tablado y verdugo, con la cuchilla sobre la cabeza y el tajo bajo la garganta, fijos los ojos en el cielo para espirar: «¡Oh ingrata hermosura!»

Todas estas aventuras fomentaban mucho las murmuraciones; y todas estas murmuraciones desavenían á la Reina de su pueblo y quitaban prestigio á su persona y autoridad á su nombre. Precisaba, pues, casar lo mas pronto posible á María Estuardo. Así lo comprendía el gran estadista en quien reposaba la corona, el célebre conde Murray. Pero el casamiento de una Reina, en aquellas extraordinarias circunstancias, resultaba negocio de mucha monta, por el estado terrible de nuestra Europa. Cuatro años duraban las negociaciones y no iban á ninguna parte y no daban resultado ninguno. En cuanto se decía de casarla con príncipe luterano, alarmábanse los católicos; en cuanto se decía de casarla con príncipe católico, ponían su veto luteranos y calvinistas, poseedores, á la verdad, en aquellos momentos de la exaltada Escocia. Un español, encontraba la oposicion de Francia y de Inglaterra; un francés, la oposicion de Inglaterra y España. Isabel Tudor no quería ver los tiempos de Francisco II renovados, aquellos tiempos, en que los Valois se llamaban á sí mismos reyes británicos. Y Felipe II, atento á que no se agrandasen las dos grandes potencias occidentales, ofrecía su auxilio á Francia en todo proyecto que pudiese de algun modo servir al predominio de Inglaterra; y su auxilio á Inglaterra en todo proyecto que pudiese de algun modo servir al predominio de Francia. Con mucho dolor lo decía el Rey católico, por tratarse de Reina luterana, pero confesaba sin vacilaciones que, si dura el matrimonio entre Francisco II y María Estuardo, hubiera tenido él que ofrecer su formidable apoyo á Isabel de Inglaterra. Todas las cortes europeas presentaban algun candidato á la mano de María. España, nada menos que todo un príncipe D. Carlos, heredero entonces de tanto imperio; Austria el segundo entre los archiduques; y nombramos tan solo en este reducido cuadro á los mas valiosos pretendientes. ¡Cuánto no se agrandaría el peligro de un matrimonio anti-británico á los ojos de la egoísta y calculadora Isabel, que propuso para esposo de María Estuardo á su propio predilecto amante, al Conde mismo de Leicester!

María vacilaba mucho. Mujer, deseaba un esposo del corazón; Reina, reconocía que necesitaba un esposo impuesto por motivos y razones de política y Estado. En tal persuasión profundísima, ninguno de los pretendientes á su mano le parecía tan bien y le cuadraba tanto como nuestro príncipe

D. Carlos, heredero de aquel vasto imperio, que llevaba el mar como un manto en sus espaldas y el sol como un diamante en su corona. Recelosa siempre de su prima Isabel; amedrentada tanto de la superioridad de su fuerza como de la superioridad de su inteligencia; comprendía como, para mermar su poder, necesitaba alzar tras la Escocia el inmenso imperio de nuestra España, y para combatir su fe la flamígera espada esgrimida como un cometa del Apocalipsis hebraico sobre las sienas de tantas ciudades protestantes. Por consecuencia la eleccion suya recaía en el heredero de España. Felipe II acarició tambien por largo tiempo esta idea; pero le obligaron á desistir, las enfermedades corporales de su hijo, el tumulto de aquellas pasiones sin cauce, los torbellinos de aquellas ideas sin lógica, los bruscos cambios de aquella naturaleza y complexion sin base, los desórdenes de aquella vida sin método, las propensiones de aquel corazón helado y los desvaríos de aquel enfermo cerebro. Pretextando haber sabido que aspiraba el archiduque D. Carlos, predilecto primo carnal suyo, á la mano de María, retiró la pretension de su hijo; pero María, de no pactar un matrimonio de Estado y con carácter político, deseaba pactar un matrimonio de inclinacion que le granjease la ventura doméstica en su palacio, al fin y al cabo, un hogar. Deploró, pues, que no se arreglara el matrimonio con D. Carlos de España, y desahució inapelablemente á D. Carlos de Austria.

Cuantos mas candidatos al trono de Escocia y al tálamo de María pasaban desahuciados, mas seguidamente sobrevenían demandando la codiciada honra. Hasta dos reyes del Norte la pretendieron; el Rey de Suecia y el Rey de Dinamarca. En la corte misma de Roma, Papas varios idearon unirla con príncipes como D. Juan de Austria. Isabel comprendía todos los peligros que para Inglaterra encerraban estos proyectos; y exigía con verdaderas instancias un matrimonio británico. Y como ya lo hemos dicho, llevaba la increíble abnegacion de su persona en aras del Estado al extremo de ofrecer su propio amante á la eleccion de María. Esta, indignada en su orgullo de que le designasen vasallo ajeno para marido propio, indicó á Isabel que bien podía ella legitimar por matrimonio un cariño tan arraigado en su corazón de antiguo, segun el universal sentimiento. Isabel respondió, con la destreza que acostumbraba en la urdimbre y logro de todos sus empeños, como,